



El primer banco central de la historia y su máquina de imprimir dinero

Rose Marie Boudeguer Yerkovic
Directora del Servicio de Estudios

El primer banco central de la historia y su máquina de imprimir dinero

“Durante muchos siglos el valor del dinero estuvo vinculado a un metal. Los títulos de papel o billetes, cuyo origen se remonta a la China del siglo VII, estaban respaldados por oro, plata u otro metal escaso. El concepto de dinero fiduciario - no respaldado por metales - llegó a Europa en el siglo XVII, de la mano de un joven empresario de origen holandés”.

Johan Palmstruch era el hijo de un mercader de Ámsterdam. Siendo aún joven se instaló en Estocolmo, que en ese período iniciaba una época de prosperidad de la que ya gozaban los Países Bajos. Palmstruch conocía bien los entresijos del exitoso sistema bancario holandés. Gracias a sus contactos, consiguió una entrevista con el rey Carlos X Gustavo de Suecia, quien quedó bastante impresionado por sus conocimientos financieros y, deseando modernizar las finanzas suecas, le autorizó a constituir el Banco de Estocolmo. Parte de los beneficios del Banco irían a la corona, por supuesto. Era el 30 de noviembre de 1656.

En Suecia las finanzas eran bastante anticuadas. Se utilizaba principalmente el cobre como patrón monetario aunque también circulaban monedas de plata de un valor muy superior. Lo anterior ocasionaba problemas. Por un lado, el cobre fluctuaba más que la plata, provocando cambios en el valor de la moneda sueca, el dáler. Por otro, la emisión de dáleros se hacía de una manera nada práctica: en forma de enormes placas de metal de varios kilogramos de peso.

El Banco de Estocolmo montó un sistema mediante el cual ofrecía el servicio de custodia de esas losas metálicas, que guardaba en las cámaras de seguridad del Banco, entregando un billete como recibo y recibiendo una comisión por el servicio. Nada diferente a lo que ya hacían los grandes bancos de Amsterdam y Hamburgo. El éxito de esta idea, que evitaba el inconveniente de cargar con las pesadas placas de cobre, generó un crecimiento exponencial de los depósitos en el Banco de Estocolmo.

Con el tiempo, Palmstruch se dio cuenta que esas monedas metálicas permanecían en las cámaras de seguridad durante largos períodos sin ser reclamadas y decidió prestarlas a empresas, nobles y a la propia corona, bastante necesitada de fondos. Y así fue que el Banco se convirtió en prestamista utilizando, no sus recursos propios como se acostumbraba en la época, sino los depósitos inactivos de clientes. La prosperidad de la institución aumentó aún más gracias a los intereses que cobraba, el comercio creció y el bienestar general aumentó considerablemente en Estocolmo... durante seis años.



Kreditivsedlar: el primer billete de banco de Europa

Cuando el Rey Gustavo murió, el consejo de gobierno decidió acuñar nuevos lingotes de cobre que valían menos que los antiguos. Los ciudadanos de Estocolmo corrieron al Banco a retirar sus placas de cobre antiguas. Pero, como una gran parte de ellas se había utilizado para la concesión de préstamos, no había suficientes dáleros en la caja fuerte para todos.

La solución de Palmstruch fue la de desvincular la emisión de billetes a los depósitos de cobre. A partir de ese momento el único garante de los recibos emitidos por el Banco de Estocolmo, era el propio banco. Y así se convirtió en el primero de Europa que puso en circulación billetes que se denominaban en cifras redondas, que no estaban a nombre de una determinada persona y que prometían al portador un pago en metálico por el monto marcado en ellos: los Kreditivsedlar. El dinero fiduciario había nacido y con él la semilla del primer banco central de la historia.

La confianza de la comunidad en el dólar se mantuvo mientras el Banco de Estocolmo fue capaz de garantizar la estabilidad de la nueva divisa. Su máquina de imprimir billetes consiguió preservar la época de esplendor y crecimiento económico. Pero el exceso de liquidez generó un síntoma desconocido hasta ese momento en la economía sueca: la inflación. A medida que Palmstruch aumentaba la cantidad de dinero en circulación por encima del nivel de respaldo en metálico, el precio de todo subía.

Tras un periodo de desconcierto y luchas internas, se decidió recortar el crédito y reducir sustancialmente la cantidad de dólares en circulación. Esto no hizo más que aumentar la situación de crisis, dejando al país al borde de una depresión económica. Cuando las personas acudieron al banco para reclamar los pagos correspondientes en metal, el banco no pudo honrar sus compromisos y terminó quebrando. La crisis obligó al gobierno a clausurar el Banco de Estocolmo en 1667, y Palmstruch fue sentenciado a la pena de muerte. El banquero fue eventualmente perdonado y enviado a prisión, donde permaneció varios años.

Pasado unos meses, el Parlamento de Suecia se dio cuenta de la necesidad de tener un banco nacional. El Banco de los Estados de Suecia, como se le llamó, se estableció en 1668 y eventualmente se hizo con la exclusividad de la emisión de billetes. Esta institución se convertiría años más tarde en el Banco Central de Suecia, que está considerado como el más antiguo de los Bancos Centrales. Veintiséis años más tarde, en 1694, se constituiría el Banco de Inglaterra, el modelo en el que se ha basado la mayoría de los bancos centrales modernos.

Las conclusiones de esta historia las dejo a ustedes, estimados lectores. Por el momento, les propongo algunos de los debates que puede suscitar este relato. El primero es: si la recuperación estimulada por la impresión de dinero en exceso compensa los estragos que puede provocar la hiperinflación o las burbujas financieras. O si se puede imprimir dinero sin crear inflación. O – en tono más pedestre – si, en vista de lo que le sucedió a Palmstruch, sería conveniente que nuestros actuales banqueros centrales se plantearan la necesidad de contratar a un abogado.